Viernes Santo en la Pasión del Señor

La pasión dolorosa del Señor Jesús suscita necesariamente piedad hasta en los corazones más duros, ya que es el culmen de la revelación del amor de Dios por cada uno de nosotros. Observa san Juan: "Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que no perezca ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna" (Jn 3,16). Cristo murió en la cruz por amor. A lo largo de los milenios, muchedumbres de hombres y mujeres han quedado seducidos por este misterio. Son los santos y los mártires.

Jesús al derramar su sangre, Él nos ha rescatado de la esclavitud de la muerte, roto la soledad de nuestras lágrimas, y entrado en todas nuestras penas y en todas nuestras inquietudes. Y es que nosotros no estamos celebrando solamente un aniversario, sino un misterio. San Agustín explica la diferencia entre las dos cosas. La celebración "como en un aniversario" —explica san Agustín— no requiere otra cosa —dice— sino «indicar con una solemnidad religiosa el día preciso del año en el que se recuerda ese hecho»; en la celebración como un misterio («in sacramento»), «no solamente se conmemora un acontecimiento, sino que se hace de tal manera que se entienda su significado y sea acogido santamente» (Epistola 55, 1, 2: CSEL 34, 1, p. 170).

Esto lo cambia todo. No se trata sólo de asistir a una representación, sino de «acoger» su significado, de pasar de espectadores a actores. Por tanto, nos toca a nosotros elegir qué papel queremos representar en el drama, quién queremos ser: si Pedro, Judas, Pilato, la muchedumbre, el Cirineo, Juan, María… Nadie puede permanecer neutral; no tomar posición es tomar una bien precisa: la de Pilato que se lava las manos o la de la muchedumbre que desde lejos «estaba mirando» (Lc 23, 35).

Qué importante sería que hoy cada uno de nosotros pudiéramos identificarnos con el buen ladrón. El buen ladrón hace una confesión completa de su pecado; le dice a su compañero que insulta a Jesús: "¿Ni siquiera temes tú a Dios, estando en la misma condena? Nosotros, en verdad, lo estamos justamente, porque recibimos el justo pago de lo que hicimos; en cambio, este no ha hecho nada malo" (Lc 23, 40 s). El buen ladrón se muestra aquí como un excelente teólogo. Solamente Dios, de hecho, sufre absolutamente siendo inocente; cualquier otra persona que sufre debe decir: "Yo sufro justamente", porque, aunque no sea responsable de la acción que se le imputa, nunca está enteramente libre de culpa. Solamente el dolor de los niños inocentes se asemeja al de Dios y por eso es tan misterioso y tan sagrado.

¡Cuántos delitos atroces, en los últimos tiempos, han quedado sin un culpable! ¡Cuántos casos sin resolver! El buen ladrón hace un llamamiento a los responsables: haced como yo, salid al descubierto, confiesen su culpa; experimentarán también ustedes la alegría que yo sentí cuando escuché las palabras de Jesús: "¡Hoy estarás conmigo en el paraíso!" (Lc 23, 43).

¡Cuántos pecadores, que han confesado su pecado, pueden confirmar que eso mismo les sucedió a ellos! Pasaron del infierno al paraíso el día que tuvieron el valor de arrepentirse y confesar su culpa. El paraíso prometido es la paz de la conciencia, la posibilidad de mirarse en el espejo o mirar a los propios hijos sin tener que despreciarse.

No llevemos con nosotros a la tumba nuestro pecado; nos procuraría una condena mucho más temible que la humana. Si el hombre reconoce su pecado sinceramente, "Dios perdona muchas cosas, por una obra buena"; sí él perdona muchas cosas por un acto de arrepentimiento. Lo prometió solemnemente: "Aunque sus pecados sean como escarlata, quedarán blancos como nieve; aunque sean rojos como la púrpura, quedarán como lana" (Is 1, 18).

Si, al volver a casa esta noche, alguien nos pregunta: "¿De dónde vienes?, ¿dónde has estado?" respondamos, al menos en nuestro corazón: "¡He estado en el Calvario!".

Padre Félix Castro Morales

Fuente: http://parroquiadelasoledad.org/ (Con permiso a homiletica.org)